

Adolescencia en épocas del "*Inciertovirus*" (Covid-19)

Entre los adolescentes es común la adjudicación de "sobrenombres": son nombres que reemplazan el original de una persona, elegidos en relación a algún defecto, característica o cualidad que la represente.

A este personaje que apareció en escena, los pibes le pondrían "*Inciertovirus*". ¡Y estaría muy bien puesto! Si algo nos trajo este Covid-19, además de enfermedad y muerte, es incertidumbre.

La palabra incertidumbre está conformada por el prefijo in (negación) y certus (cierto), es decir, carencia de un conocimiento certero, duda o falta de certeza sobre algo que nos inquieta.

Además de los múltiples efectos que genera la pandemia que estamos atravesando, todos padecemos, de una manera u otra, falta de seguridad, desconfianza, inquietud, vacilación, desasosiego.

Con esto a cuesta, las familias tratan de pasar los días de la mejor forma posible; algunos, se hacen eternos. Cada familia es un mundo, y en muchas de ellas hay uno o varios adolescentes.

Cuando pensamos en adolescencia, sabemos que implica un tiempo de rebeldía, de impaciencia, inquietud e inseguridad.

Juan D. Nasio lo define como: "un ser trastornado que, alternativamente, se precipita alegre hacia adelante con la vida, luego de pronto se detiene, agobiado, vacío de esperanza, para volver a arrancar inmediatamente llevado por el fuego de la acción".

Lo esperable es encontrarlos nadando en contradicciones, entre euforias y depresiones, rebeldías y conformismos, vanidades y subestimaciones, omnipotencia e inferioridad, agresividad y dulzura.

Con sus dificultades –que también son propias de esta etapa– para poner palabras al sufrimiento inconsciente que los aqueja, en ocasiones no pueden identificar sus padecimientos y los actúan de modos incomprensibles para quienes los rodean.

Por otra parte, los adolescentes buscan (a su modo) y necesitan, refugio y sostén en los adultos que tienen cerca.

Requieren estabilidad, sosiego, escucha y palabras para nombrar lo que ellos no pueden.

¿Cómo es posible combinar estas necesidades con el *Inciertovirus* dando vueltas, meneándose entre los adolescentes, los adultos, los niños y cuanto ser esté cerca?

¿Qué es posible hacer, en este marco, desde el Acompañamiento Terapéutico?

Creo fundamental no perder de vista que detrás de esos cuerpos adultos, todavía queda algo de un niño, por momentos temeroso e inseguro, lidiando con la precariedad de su yo, conciliando las tiránicas exigencias pulsionales y tratando de responder al súper yo que no deja de pedir.

Por lo tanto, es necesario tener para con ellos un trato respetuoso, muy cuidado, sin ofensas ni heridas.

Facilitar espacios de expresión en los que se pueda legalizar que ellos también tienen derecho a sentirse mal, a no entender la situación, a sentirse frustrados, aburridos, cansados y tristes.

En algunas ocasiones, es posible sugerir a los adultos que también cuenten sus propias emociones. Las conversaciones distendidas son saludables y, aunque los jóvenes no hablen demasiado, seguramente luego producirán sus propias reflexiones y es posible que las compartan con sus pares.

Si lo considera necesario, el A.T puede proponer al grupo familiar, flexibilizar y generar nuevos hábitos, sabiendo que este período de aislamiento va a concluir y luego se podrá reformular una vez más. Es conveniente acordar tiempos (con comienzo y final) para el ocio, para compartir en familia, para las tareas escolares, para los quehaceres domésticos, etc.

En los momentos de conflictos, poder darles un espacio, escuchar y negociar son las mejores opciones. Entendiendo que negociar es para ambas partes: pactar, convenir, concertar, acordar y ceder. El adolescente, en su vulnerabilidad, está muy atento y alerta a que se cumplan los acuerdos y a no ser engañado en su buena fe.

Algunos disfrutaban de las competencias, entonces, generarles retos a cumplir los mantiene ocupados y los entretiene. Es fundamental tener en cuenta los intereses y aptitudes de quién va a realizarlos; en las propuestas se puede poner en juego lo físico, lo intelectual o ambas.

Los adolescentes de hoy son nativos digitales, esto nos ofrece posibilidades para promover el contacto social. Digo promover, porque a pesar de que ellos nacieron con la tecnología, es a partir de transitar el aislamiento preventivo y obligatorio cuando comenzaron a vivir nuevas experiencias comunicativas utilizando lo virtual. Inauguraron espacios con sus terapeutas, A.T, docentes, pares, entrenadores, familiares, etc.

En este tiempo, la virtualidad nos mancomunó, a grandes y chicos, a profesionales y pacientes, a acompañantes y acompañados; se convirtió en nuestra aliada, nos permitió seguir con los tratamientos, acompañar a los pacientes, comunicarnos y encontrarnos para intercambiar vivencias y conceptos teóricos, intentando ponerle nombres a la ignorancia que nos planteó el *Inciertovirus*.

Lic Rosana Goyeneche

CenaP

Concordia, Entre Ríos